

A medida que las personas crecen, pueden evidenciarse cambios en su aspecto interior y exterior. Podemos ver bebés convertidos en niños, luego en adolescentes y jóvenes, hasta llegar a la adultez. Y en el interior también suceden esos cambios. Aunque una persona haya nacido en un hogar donde los padres son creyentes, en algún momento, necesita un encuentro personal con Dios, que le permita hacer un “clic” y alcanzar una nueva vida con él. Aunque los cambios que implican el crecimiento son más notorios porque podemos verlos con más facilidad, los que suceden en nuestra vida espiritual también se reflejan con nuestros actos.

El primer grupo de hermanos que comenzó a reunirse en la calle Carriego era de adultos que venían de otra congregación, por lo que no solamente habían escuchado el Evangelio, sino que también se habían bautizado. Pero su trabajo en el barrio y también en sus propias familias, hace que los resultados comiencen a manifestarse. Mientras las reuniones continuaban en el galpón de madera, un grupo de hermanos solicita el bautismo. Entre ellos se encontraban algunos de los primeros niños, que habían crecido y también convertidos recientes, primeros frutos del trabajo en el lugar. El problema era que no había bautisterio, ni siquiera templo. Una congregación hermana les brida el lugar, y es así como el 12 de diciembre de 1965 el pastor Romanenghi en la Iglesia Central lleva a cabo los primeros bautismos. Los primeros hermanos de la nueva congregación de Bethel en dar este paso son: Elizabeth Miriam Carvi, José Mario Difilippo, José David Prieto, Daniel Oscar Corbacho, Hilda Antonia Prieto y Eduardo Luis Cordero. Ellos fueron los primeros de una gran lista de hermanos que mostraron, a través de este acto, el cambio que había sucedido en sus vidas cuando se encontraron con el Señor Jesús.

La edificación del templo avanza en los años que siguen, pero la construcción del bautisterio queda casi para el final. Recordemos que primero se instala la capilla y pasa algún tiempo hasta que se levantan las paredes definitivas del templo. Es necesario la ayuda de las Iglesias hermanas para seguir llevando a cabo los bautismos. En marzo de 1973 se realizan en la Iglesia de Arroyito. En esta oportunidad un buen grupo de hermanos decide tomar el compromiso, entre ellos Elda y Miguel Ángel López, Beatriz y Noemí Prieto, Nora de Lausana y Roque Fernández, entre otros.

El sueño de esas primeras familias que se congregaban comenzaba a concretarse al ver crecimientos que iban desde ver el aumento en número, como el desarrollo espiritual de la congregación, hasta la edificación de un templo propio. Pero creo que toda Iglesia Bautista tenía y tiene un símbolo que la representa y es su bautisterio. Durante muchos años habrán ansiado con el momento que, finalmente se concretó el 19 de noviembre de 1978, fecha en la cual el pastor Raúl Bettin fue invitado para tener los primeros bautismos en nuestro propio bautisterio. Las primeras personas que fueron bautizadas dentro de nuestro templo fueron: María Ester Ceballos, Guillermo Flores, Lorenza Hernández, María de Zamora, Ángela Yulita, Estela de Carrasco, Susana Bianchi, Marcelo Fizzone y la familia Mariani: Camilo, Ludovica y Silvia. Finalmente había llegado otro de los momentos más esperados. Seguro que en los corazones aquellos que nos precedieron estarán guardados algunos momentos como recuerdos especiales e imborrables. Uno de ellos habrá sido la primera reunión en la capilla, otro la inauguración del templo, otro estos primeros bautismos y otro sucedería unos años después.

Después de ser encargado de la Iglesia en varias oportunidades, y de recibir la invitación de la misma para ser su pastor, el 24 de mayo de 1980 se realiza el presbiterio para examinar a José Prieto, uno de aquellos jóvenes que había comenzado la obra y que, durante tantos años había trabajado en la obra del Señor. Se reúnen para ello varios pastores: Níger Pérez, Oscar Bianchi, Vicente Barrón, Hugo Ramírez, José Ruiz (que

había estado pastoreando nuestra congregación), Orlando Avalos (quien había sido intermediario entre la Iglesia del Redentor y quienes fueron los pioneros de Bethel), presididos por el pastor Raúl Bettín y siendo secretario, el pastor Antonio Pegoraro. El 28 de junio de 1980 se ordena al pastorado a José Prieto. Este, sin duda es otro de los momentos más recordados por muchos. Al principio, nuestro pastor cuenta con sus propios medios para vivir, pero luego de un par de años, la congregación comienza a sostenerlo económicamente. Otro paso más se había dado, y todos eran para crecer y avanzar.

Algunos años más tarde, otro hermano fue ordenado al pastorado. El 24 de abril de 1999 se reúne el presbiterio para examinar a Manuel Capriolo. El mismo estaba presidido por el pastor Enrique Sisteró (presidente de la Asociación de Iglesias Bautistas de Rosario) y formado por los pastores Hugo Licatta (quien pastoreaba nuestra congregación), Samuel Libert, Víctor Cañizares, Víctor Cabrera, José Ruiz, Antonio Pegoraro, Raúl Ramos y Randy Whittall. Recordamos que fue el pastor José Capriolo, quien había tenido la predicación de la Palabra de Dios el día de la constitución de nuestra Bethel. El 5 de mayo se hace la ordenación del hermano Capriolo, quien un mes más tarde se pondría al frente de nuestra primera Iglesia hija: Buenas Nuevas.

Las paredes de nuestro templo fueron testigos de grandes cambios espirituales de muchas personas. Algunos conocieron a Dios allí, y pudieron sellar este encuentro con Jesús al bautizarse. Dos hermanos nuestros fueron ordenados al pastorado, y crecieron en compromiso y servicio. Todos los que pasamos por Bethel tenemos un antes y un después, porque, como dice en Génesis 28:17, es casa de Dios y puerta del cielo. Pero no solamente pudieron verse estos cambios, sino que muchos de los niños de las primeras familias, pasaron varias etapas de sus vidas en la Iglesia Bethel. Es el caso de las dos hijas de nuestro hermano Remigio Prieto. El primer casamiento que se celebró en nuestro templo fue el de los hermanos Beatriz Prieto y Rubén Tamagna. Ellos presentaron a Dios a sus dos hijos, Natalia y Marcos, que también fueron bautizados aquí. Ernesto Simari conoció a Noemí Prieto, en nuestra Iglesia, un sábado en una reunión de jóvenes. La vio entrar con su pelo largo y su guitarra, y desde allí supo que era la mujer que Dios había elegido para él. Ellos también se casaron en nuestro templo, de hecho fue el segundo casamiento que se realizó, y sus hijos Ezequiel y Esteban fueron presentados a Dios también aquí. Luego, por cuestiones de trabajo, se mudaron a Paraguay, pero permanecen fieles allí donde el Señor los ha puesto. Nuestro hermano Remigio, puede ver hasta la tercera generación de su familia sirviendo a Dios en Bethel, ya que Marcos es un joven comprometido con la obra que se está preparando para el futuro que le espera.

Muchos otros jóvenes unieron sus vidas ante Dios en nuestra Iglesia, y pudieron ver completarse sus familias con la llegada de sus hijos. Algunos se conocieron aquí, otros, en campamentos o en reuniones de otras Iglesias, pero pudimos gozarnos unos a otros al verlos crecer, casarse, tener sus hijos, presentarlos delante de Dios, e incluso ver los bautismos de ellos. Tal es el caso de Marisa y Claudio Alastra y sus hijos: Florencia, Nicolás y Julieta; Cristina y Sebastián Contento y su familia; Carina y Víctor Kündinger y sus hijos: Ezequiel y David; Marcela y Cristian Fiorenza y sus hijas: Gianina y Carolina; Belén y Juan Marcos Licatta, junto al pequeño Matías; y tantos otros que sería imposible enumerarlos a todos.

Solamente podemos decir que un encuentro con Dios no nos garantiza una vida sin sobresaltos o sin problemas. Pero sí, que cada cosa que nos suceda, nos ayudará para bien, y que no hay nada más precioso que crecer en el Señor. Y este crecimiento podemos verlo cuando compartimos nuestra vida con el Creador y dejamos que el la

guíe en todo sentido, desde la elección de la persona que compartirá nuestros días, hasta nuestro futuro, la sabiduría que necesitamos para educar a nuestros hijos e instruirlos en su camino, y todas nuestras cosas. ¿Cómo vamos a dudar que lo que Él decida para nosotros será lo mejor que nos pueda pasar? Muchas de las personas de las que vimos el ejemplo, dejaron que el Señor sea el Rey de sus vidas y de sus familias, y pudieron gustar los resultados. Dios nos sigue esperando. Aquel que creó todo lo que existe y que mantiene una obra tan grande como Su Creación con control, quiere ser el dueño y el Señor de nuestras vidas. ¿Qué estamos esperando?